

Pastoral, ¿hacia qué Iglesia?

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación”

(Papa Francisco, *Evangelii gaudium* 27).

El 19 de marzo de 2013 comenzó el pontificado del papa Francisco. No es ningún secreto para nuestros lectores que desde 2015 las invitaciones pastorales de Francisco a la Iglesia actual han configurado buena parte de los títulos mensuales de *Misión Joven: Pastoral de la misericordia* (marzo 2015), *Tentaciones del agente de pastoral* (septiembre 2015), *Periferias existenciales* (octubre 2015), *Pastoral de la ciudad* (diciembre 2015), *Ecología* (abril 2016), *Francisco: claves pastorales* (octubre 2016) y *Pastoral de la alegría* (diciembre 2016). Por otra parte, el pasado mes de octubre hemos estudiado la desembocadura de nuestros procesos pastorales (*Pastoral con Jóvenes adultos*).

Este mes queremos poner en relación ambos enfoques. La pastoral juvenil posconciliar ha asumido que al dimensión comunitaria y eclesial es esencial en la fe cristiana, pues *“Dios quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente ni aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo”* (*Lumen gentium* 9). Por eso, la pastoral juvenil se encuentra siempre ante esta pregunta: *¿Desde qué Iglesia? ¿Hacia qué Iglesia?* Con su invitación a la conversión pastoral y la renovación el papa Francisco nos está recordando un tema secular: *“Ecclesia semper reformanda”*. La reforma que ahora necesita la Iglesia es ser menos autorreferencial, más gozosa al evangelizar y salir hacia las periferias geográficas y existenciales de nuestro mundo. Una Iglesia de discípulos misioneros: *“Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos”* (EG 49).

¿Cómo puede contribuir la pastoral, en especial la pastoral juvenil, a buscar esas metas? ¿Cómo pasar de la crisis vocacional y pastoral al gozo de la misión compartida?

Dificultades no faltan

Las encuestas recientes en España (*Jóvenes 2010* de la Fundación Santa María, *Encuesta ProyectoScopio 2017* del Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, *INJUVE 2016*, etc.) nos vienen repitiendo machaconamente que la Iglesia es una de las instituciones que más desconfianza suscita en los jóvenes.

Esta dificultad (nuestra incoherencia y mediocridad) no es un tema tan nuevo. San Ambrosio ya indicó en el siglo IV que “la Iglesia no resplandece con luz propia, sino con la luz de Cristo. Obtiene su esplendor del sol de la justicia, para poder decir después: vivo, pero ya no vivo yo, sino que vive en mí Cristo”. En un texto famoso de 1971 el teólogo alemán Ratzinger (que en 2005 sería el papa Benedicto XVI) recuerda que “la teología de los santos Padres ve en la Iglesia la luna,

la cual no tiene de por sí luz propia, sino que refleja la luz del sol, Cristo. La Iglesia no es un fin último en sí misma, sino que recibe y ha de transmitir (reflejar) la luz de Cristo a los pueblos. Pero a veces la luna, en vez de reflejar la luz e iluminar la Tierra de noche, se pone en medio como obstáculo y eclipsa la luz de Cristo. El hecho decisivo es que ella, aunque es solamente arena y rocas, es también luz en virtud de otro, del Señor... Tiene una luz que no es suya y sin embargo constituye toda su esencia (*Por qué permanezco en la Iglesia*, 1971).



Junto a las murallas de Jerusalén se encuentra la Iglesia de *San Pedro en Gallicantu* (“Canto del gallo”). Allí Pedro negó a Jesús tres veces. Un cuadro de dicha iglesia refleja la escena narrada en el evangelio de Lucas: “El Señor se volvió y miró a Pedro. Y recordó Pedro la palabra del Señor, cómo le había dicho: antes que el gallo cante hoy, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente” (Lc 22,61-62). ¿Cómo debería ser hoy la Iglesia para poder “sostener la mirada de Jesús” sin tener que echarse a llorar de vergüenza como Pedro? ¿Cómo puede ayudar la pastoral juvenil a configurar “La iglesia que Jesús quería” (G. Lohfink)?

Estudios de este número

- **Carmen Márquez Beunza**, profesora de teología de la Universidad de Comillas (Madrid), en su artículo *Pastoral, ¿hacia qué modelo de Iglesia?* hace una relectura de la reforma y conversión pastoral de la Iglesia propuesta en *Evangelii gaudium*.
- **Carlos Gil Arbiol**, profesor de Nuevo Testamento de la universidad de Deusto, narra, en su artículo *¿La Iglesia de Jesús o de sus discípulos?*, los orígenes de la Iglesia y su transición desde Jesús hasta las comunidades paulinas en ciudades grecorromanas como Filipos. A partir de esa historia, propone pistas de acción para la vida eclesial actual.
- **Eugeni Rodríguez Adrover**, sacerdote de Mallorca, en su estudio *La alegría de creer y el entusiasmo de comunicar la fe* ofrece pistas y claves pastorales para hacer y sentirse iglesia en la época actual.

Quiero acabar esta editorial con unas palabras de ese gran maestro espiritual que es para mí **Juan Martín Velasco**: “En alguna ocasión he leído que a un teólogo importante que había tenido problemas con la jerarquía le hacían esta pregunta: «¿Por qué no abandona usted la Iglesia?». No recuerdo su respuesta, sin duda llena de razones. Recuerdo el malestar que me produjo la pregunta misma. ¿Por qué no abandono la Iglesia? ¿Porque todavía tiene arreglo? ¿Porque desde su interior se puede trabajar por su transformación? ¡No, por Dios! ¡Que ella no me abandone a mí! ¡Que no me deje a mis luces, a mis fuerzas, a mi iniciativa! ¿Qué haría con mis culpas sin la oportunidad para el perdón que vivo en ella? ¿Qué haría con mis temores sin la solidaridad en la esperanza en que me baña? ¿Dónde mejor que en ella puedo hacer realidad la fraternidad universal a la que aspiro? (*Creo en la Iglesia*, PPC, p. 13).